

Índice

No es tan complejo o La izquierda, esa madre monstruo ..	11
Introducción	15
1. La burbuja: la manufactura del falso consenso	19
2. La libertad de ofender.....	31
3. La construcción del nuevo orden moral.....	55
4. El lenguaje exclusivo.....	65
5. El antisemita perfecto.....	81
6. Israel: una obsesión progresista	95
7. La izquierda identitaria al asalto del universalismo.....	129

En pocas palabras, la actual polémica enfrenta a la izquierda antiimperialista con la izquierda antitotalitaria. De una forma u otra, he estado involucrado —en ambos lados de la cuestión— toda mi vida. Y, cada conflicto, lo resolví inclinándome cada vez más por el lado antitotalitario (puede que esto no parezca una gran afirmación, pero hay cosas que es necesario descubrir a través de la experiencia y no meramente a partir de principios). Las fuerzas que consideran el pluralismo como una virtud, por más “moderadas” que eso pueda hacerlas sonar, son muchísimo más revolucionarias (y es muy probable, a largo plazo, que den lugar también a mejores antiimperialistas).

Christopher Hitchens, “From 9/11 to the Arab Spring”, en *The Guardian*, 9 de septiembre de 2011.

No es tan complejo o La izquierda, esa madre monstruo

Pola Oloixarac

Desde hace un tiempo, en Occidente, la batalla contra la normalidad es la épica burguesa. Foucault y su crítica al poder se volvieron *covers* para las masas ansiosas: Lady Gaga les canta a los raros su “manifiesto de la Madre Monstruo”, mientras las masas criadas entre *likes* y seguidores se aferran a su tentativa de monstruosidad como un triunfo político sobre la opresión. El cuerpo propio es la utopía y el cuidado de sí es la tierra prometida, bajo los ojos implacables de una sociedad que ya no busca reprimir desde afuera, sino que invita a autclasificarse hasta la exasperación y a gestionar la performance de sí, porque todos somos iguales al competir (como mini-Gagas) por el favor de nuestras audiencias, sanguinarias o benévolas.

Este libro es un viaje a las entrañas de esa prolífica y polifacética madre monstruo, la izquierda contemporánea. Alejo Schapire disecciona el devenir irreconocible de una *gauche divine* en cuyos valores se educó, pero con cuyas configuraciones actuales ya no se puede identificar. Desde el inicio advierte que este libro narra una ruptura amorosa; criado por esta madre, sintiéndose parte sentimental de la familia cultural de izquierda, nunca sospechó que debería disociarse de ella ni que sería la fidelidad a esos valores liberales primigenios la

que terminaría expulsándolo. Pensar aquí es una actividad violenta, una apostasía: es señalar la deriva autoritaria de una traición.

En este sentido, *La traición progresista* es una salida del closet y una herejía dolorosa, que medita acerca del desencanto con urgencia y lucidez. Interpela a la buena conciencia de izquierda apuntándole a la yugular. Como señala Schapiro, “el colapso de la Unión Soviética llevó a una parte significativa del progresismo a cambiar de sujeto histórico, la clase trabajadora por las minorías”. El imperialismo tiene caminos inescrutables: en efecto, el progresismo puritano es la mayor exportación cultural de un imperio en decadencia y su avanzada cultural más sorprendente. La izquierda tradicional, que siempre denostó los productos culturales norteamericanos, no tardó en engullir los pruritos puritanos y el sistema de valores de la izquierda norteamericana, que sustituyó el multiculturalismo por una guerra racial sorda donde ser víctima es una forma de meritocracia.

Si Francis Fukuyama expresó que la historia había terminado (que con la caída del Muro de Berlín el capitalismo, y con él, la Historia, había triunfado), el progresismo se hace eco de que la historia terminó, y que por lo tanto su misión es ordenarla, aplicando su superioridad moral triunfal a la revisión de todas las historiografías y cánones, los productos culturales y el lenguaje. Como Pangloss en *Cándido*, esta izquierda omnirrevisiónista da por sentado que vivimos en el mejor de los tiempos posibles: lo que piensa es lo mejor pensable, y esta arrogancia le permite abocarse a la demolición (y prohibición) de obras y sistemas que no cierran dentro de su égida. La historia no existe: sólo existe

el presente de lo que puede ser pensado o dicho. Y los indeseables, los perversos y los malos, o los que no puedan probar su inocencia, deben ser excluidos. Los preceptos puritanos del nuevo progresismo norteamericano, que fluyen desde Estados Unidos hacia las versiones ecualizadas de cada país occidental, son la norma actual que ha creado nuevos excluidos, nuevos raros que no tienen de dónde asirse, que boyan entre configuraciones políticas a las que une el espanto.

Schapiro examina este nuevo closet, expone aquello de lo que no se habla. Organiza los ropajes argumentales brindando un estado de la cuestión en torno al lenguaje inclusivo, la construcción de un orden moral puritano que recuerda a las fantasías victorianas, la ya *demodée* libertad de ofender (o de escribir cosas que puedan ofender a la burguesía). Nota cómo incluso la condena al antisemitismo se ha visto revisada bajo este espíritu epocal. Como si haciendo a un lado Auschwitz y las condensaciones cristalizadas por los ritos de la memoria (la montaña icónica de zapatos, los cadáveres apilados, los uniformes severos y los pijamas a rayas), el antisemitismo explícito de atacar a los judíos por su condición de judíos en Europa ya no fuera un crimen de odio, para ser recatalogado bajo el mantra favorito de la actitud ilustrada de izquierda: “es más complejo”. Schapiro muestra los atavíos hipócritas de este progresismo para el cual “el antisemitismo es la coartada para transformar a los verdugos de los judíos en víctimas de la sociedad”, y a la vez, expone cómo estas discusiones niegan la realidad de la violencia inspirada por el odio racial. Al exhibir el ajuar de bodas entre la izquierda y los intolerantes racistas, Schapiro describe nuestra desnudez.

La traición progresista narra un problema cognitivo. Aquel que, con tal de no estigmatizar al diferente, no tiene reparos en estigmatizar lo que está frente a él. Quizás el problema radica en que nuestras teleologías de la represión —que forjaron el pensamiento de izquierda como reacción— ubicaron siempre al Otro afuera. Es el panóptico de Bentham, es la producción de saberes y sexualidades de Foucault. Pero no nos prepararon para la represión que viene de lo mismo (tomo prestada esta noción de Byung-Chul Han), cuando la cultura ya no es otra más que sí misma (ahora que la historia ha terminado, que sólo existe el mercado y la competencia por lo mismo, por *likes*, privilegios y audiencias) y busca generar un sistema saturado de su mismidad para rehacer la historia a su imagen y semejanza. Orwell: “Los intelectuales son más totalitarios que la gente común. Muchos no tienen reparos en abrazar formas dictatoriales, policías secretas, la falsificación sistemática de la historia, siempre y cuando esté ‘de su lado’”. Este lado es el giro copernicano: la nueva Iglesia es la izquierda, y el hereje es quien ose criticarla.

La izquierda tradicional buscaba responder a una pregunta secular por fuera de la religión y de la Iglesia: ¿cómo ser buenos? Este libro desafiante arroja una respuesta. Cómo ser buenos equivale, una vez más y como siempre, a ser valientes. A batallar la hipocresía. A no temer señalar toda forma de odio basado en la raza y la diferencia. A mostrar la injusticia de querer identificar el arte y la historia con sus creadores humanos y falibles. A apostar por los valores liberales universales para cambiar el mundo, o simplemente para tener una vida ética en él.